

Pastoralia

Comunicación y Evangelio

Plutarco Bonilla A.

Plutarco Bonilla A.
Comunicación y Evangelio
Artículo publicado en julio de 1987
Revista Pastoralia nº 18 – Año 9 – Páginas 1 a 12



COMUNICACIÓN Y EVANGELIO

Plutarco Bonilla A.

Cuando el ser humano posó por vez primera sus pies sobre la superficie lunar – transcurría el año 1969 – el suscrito participaba en algunas actividades eclesiales en la ciudad de Córdoba, en la República Argentina. Mientras todos comentaban atónitos la singular hazaña de la ciencia y la tecnología humanas, que fue capaz de transportar a tres hombres a más de 300.000 kilómetros de distancia, un buen amigo, el profesor Samuel Escobar, sabiamente me señalaba que tan asombroso como ese colosal logro, y quizá aún más, era el hecho de que en los mismos momentos en que aquello estaba aconteciendo – segundo más, segundo menos –, desde la tierra podíamos ser testigos de semejante suceso gracias a otra hazaña de la tecnología del siglo XX: la televisión.

Mucha agua ha corrido desde entonces bajo el puente de nuestra historia contemporánea, y todos los días los periódicos nos traen noticias de descubrimientos e inventos que ya casi han agotado nuestra capacidad de asombro, porque comenzamos a dar por sentado que, establecidas las condiciones apropiadas y concedido el tiempo necesario la ciencia pondrá a nuestro alcance lo hasta ahora inaudito e inconcebible. La física, con su escrutinio del microcosmos, y la astronomía, con sus aventuras en el macrocosmos – escrutinio y aventuras hechos posibles en virtud del desarrollo de complicadísimos instrumentos de observación y manipulación – descubren continuamente elementos y mundos desconocidos. La medicina se enfrenta a nuevos retos cada día – SIDA parece ser el nombre del último de ellos – sin dar su brazo a torcer, porque considera que su pasado es garantía de su futuro. Y si prestamos atención a aplicaciones particulares de los conocimientos científicos, las realizaciones asombrosas se tornan ilimitadas los “discos compactos” han convertido casi de la noche a la mañana en obsoletos a los discos de larga duración y a los casetes para grabación musical, las máquinas fotocopadoras se hacen cada vez más nítidas y más rápidas, sobre todo después de la aplicación a ese campo de las investigaciones con los rayos láser; los medios de transporte, especialmente aéreo, lo trasladan a uno cada vez con más velocidad y más comodidad; el teléfono nos permite comunicarnos casi instantáneamente con cualquier parte de la tierra... y aun más allá. Y ¿qué decir de las computadoras, esos instrumentos que han acelerado increíblemente el avance en todas las ramas del saber humano y sin los cuales sería imposible concebir la vida contemporánea? Basta decir que al hablar de ellas se hace referencia – como en el caso de los seres humanos – a diferentes generaciones”. Solo sucede que en el lapso de una generación humana se dan muchas generaciones de computadoras. . .

Es en el campo de la comunicación donde el desarrollo tecnológico ha mostrado algunos de sus logros más espectaculares. Y como sucede con todos los logros humanos, también en este campo nos enfrentamos con la misma ambigüedad que descubrimos en otros. En efecto, podría aceptarse que la máquina es, *per se*, un ente neutral, un objeto, para nuestros efectos, inerte. Podría alegarse, también, que aun lo que acabamos de decir es muy relativo, pues con excepción de los casos que en inglés se denominan con una interesantísima palabra – de *serendipity* – y que en el lenguaje popular llamaríamos “de carambola”, la norma general es que los descubrimientos, y con mucha más razón los inventos, responden a acciones humanas que se caracterizan por

no ser precisamente neutrales. Eso es mucho más cierto en nuestros días, porque el poder que da la posesión de los recursos que hacen posible la investigación nunca ha sido neutral, y hoy lo es menos.

Aceptada, en principio, la neutralidad de la máquina – insistimos, en si misma considerada –, y a pesar de lo que decimos al final del párrafo anterior, el uso de la máquina y aun su naturaleza operacional si que no son neutrales. Expliquémonos la primera de estas últimas afirmaciones (o sea que el uso de la máquina no es neutral) es, por si misma, evidente. Damos por sentado que son seres humanos quienes usan las máquinas; y sucede que los seres humanos no son neutrales en sus acciones. Sea que la intencionalidad de tales acciones es propiamente reflexiva, porque el sujeto ha asumido conscientemente su posición (ideológica, teológica, filosófica, o de cualquier otra naturaleza), o porque ese mismo sujeto ha asumido reflexivamente los valores del grupo social al cual pertenece, en ambos casos las acciones correspondientes están signadas por la impronta de las respectivas asunciones. No puede haber, por ende, neutralidad.

La segunda parte de nuestra afirmación anterior hace referencia al hecho de que aun supuesto un uso neutral de la máquina, los resultados de ese uso pueden ser beneficiosos o nefastos para el ser humano, sin que sea posible, en todos los casos, y cuando se trate de perjuicios ocasionados, echarle la culpa a ningún sujeto en particular (ya sea sujeto personal-individual o colectivo, p.ej., institucional). Pensemos, a modo de ilustración, en lo siguiente: los avances logrados por la industria de la aviación no pueden clasificarse menos que de excepcionales. Cuando apareció por primera vez, en el panorama de los vuelos comerciales para el transporte de pasajeros, el avión conocido como “Jumbo”, se dedicaban elogios a esa maravilla que permitía que quinientas personas pudiesen viajar juntas por el espacio con considerable comodidad y, sobre todo, seguridad. Sin embargo, pensábamos entonces – y, para humano infortunio, se confirmó más tarde nuestro temor – que cuando hubiera un accidente de aviación en el que se viera envuelto uno de esos aviones, el lamento de la humanidad sería proporcionalmente muchísimo mayor.

A aspectos como estos nos referimos cuando hablamos de la “naturaleza operacional de la máquina”.

Ahora bien, el mundo de la religión, sobre todo cuando este es considerado en sus aspectos institucionales, no ha sido ajeno ni al desarrollo de la tecnología, ni a la instrumentación de esta en favor de sus propios intereses. Papel de primerísima importancia – lo decimos en estos momentos sin ninguna connotación axiológica – ha jugado, en el campo religioso, la televisión. Desde el comienzo de la programación televisiva, se concedió espacio a los programas religiosos. Más aún: al principio se trataba incluso de espacio concedido gratuitamente por las estaciones televisoras. ⁽¹⁾

Muy pronto se hizo evidente que la complejidad creciente de la televisión (en sus aspectos tanto programáticos y artísticos como más específicamente técnicos) estaba influyendo de manera clara en la presentación y en los contenidos de los programas religiosos patrocinados por aquellos organismos que se habían aventurado a explotar ese tan eficaz medio de comunicación social. La última parte de la década de los setenta, y muy en particular lo que llevamos ya de la presente, han sido testigos de cómo las instituciones religiosas se han visto seriamente comprometidas con los valores impuestos por la televisión. La aparición de la computadora, su aplicación a muy diversos aspectos del proceso comunicativo y su relativamente fácil disponibilidad fueron el contexto natural

y esperado para la explosión numérica de los programas religiosos televisados y para la aparición y el afianzamiento definitivo de nuevos estilos de programas religiosos y de multimillonarias instituciones que al socaire de aquellos fueron creándose.

Norteamérica, la nación tecnológicamente más avanzada del mundo, fue el contexto geográfico natural de ese desarrollo. Pero, no fue ese, por supuesto, el único factor que explica el fenómeno que venimos comentando. Otras variables, mucho más significativas, dan razón del hecho. Se trata, por una parte, del propio contexto religioso y del auge que han venido adquiriendo los grupos más conservadores dentro del protestantismo norteamericano. Por otra parte, se trata también del fenómeno, muy contemporáneo en los E.U.A., del avance de las posiciones política e ideológicamente conservadoras, ayudadas de manera indirecta pero muy eficaz por las acciones y actitudes asumidas por las llamadas “denominaciones históricas”.⁽²⁾ Creemos con toda sinceridad que las denominaciones históricas han cometido el gravísimo error de no tomar seriamente en cuenta lo que ha estado ocurriendo en su propio seno, por muchos años ya, en cuanto al avance – al principio, lento pero seguro – de posiciones ideológicas muy conservadoras, identificadas con el fundamentalismo teológico.

Un tercer factor debe mencionarse a este respecto: Creemos que puede afirmarse que hasta hace relativamente pocos años, el conservatismo teológico estaba unido de manera casi insoluble al conservatismo político. Es decir, aquellos que se consideraban a sí mismos teológicamente conservadores eran también conservadores en sus ideas políticas. Esto se vela como muy natural. Es más, era tan connatural esa relación que el asumir ideas liberales en el campo de la política era sinónimo de ser también liberal en el campo religioso. O se consideraba que la participación en actividades que podrían catalogarse de “políticas” y que estuvieran en contra de lo que defendía, patrocinaba o reglamentaba el “establecimiento” era contraria a la “sana doctrina” y, por ende, condenable. Pensamos, por ejemplo, en lo que sucedió durante las luchas por la emancipación de los negros.

A todo esto se le ha añadido un nuevo elemento: la agresividad de los sectores más conservadores y fundamentalistas del protestantismo de los E.U.A. Estos sectores pretenden jugar un papel protagónico en la vida social y política – sobre todo, política – de ese país. Es entonces cuando se hace manifiesta una evidente contradicción que, a su vez, los interesados intentan resolver recurriendo a artificios casi bizantinos. Sostienen explícitamente esos grupos evangélicos, que el evangelio “no es político”. Se debe, por tanto, mantener una sana distancia entre la predicación del evangelio y el tratamiento de los asuntos políticos. La práctica, no obstante, de quienes así piensan, contradice sus propias posiciones. A veces se recurre al subterfugio de distinguir entre la actividad del predicador en tanto que predicador y la actividad del predicador, en tanto que ciudadano de determinado país. Pero cuando se analiza con detenimiento y minuciosidad los contenidos ideológicos de las predicaciones de esas mismas personas, se detecta con suma facilidad cómo, en forma no tan encubierta, aparecen sus posiciones ideológicas y políticas como si fueran parte integrante de la predicación. Esto convierte en artificiosa y falsa la distinción pretendida. Creemos que una muestra de ello es el anuncio, en la prensa norteamericana, de que el predicador “Pat” Robertson – dueño y señor absoluto del “Club 700” – se lanza como precandidato del Partido Republicano con miras a las próximas elecciones presidenciales de los E.U.A. Lo significativo no es el hecho en sí – que también transmite su mensaje –, sino que las fuerzas que apoyan al Sr. Robertson son las fuerzas conservadoras y reaccionarias del susodicho Partido. Será interesante descubrir cómo se las arreglarán en esta situación para hacer la distinción a la que nos

estábamos refiriendo. Recuérdese el papel que ha jugado la religión en las últimas elecciones presidenciales de aquel país.

El periodo que antes señalamos (es a saber, la última parte de los años 70 y lo que hemos andado de la presente década) se ha caracterizado también porque en él se ha producido una literal invasión, en América Latina, de los programas religiosos que se transmiten en la televisión norteamericana. El “Club 700”, el “Club PTL” y, de manera muy sobresaliente, los programas de Jimmy Swaggart, han copado prácticamente el mercado de los programas religiosos por televisión. De este modo, el fenómeno que hemos venido describiendo se traslada desde los E.U.A. al sur del Rio Bravo. En casi todos los países de la América “autóctona y salvaje” que cantó el poeta, esos programas se transmiten con una regularidad millonaria. El acomodamiento de los valores cristianos a las exigencias de la televisión comercial del coloso del Norte, la promoción que en esos programas se hace del estilo de vida de la clase media estadounidense, la defensa – sutil algunas veces, abierta las más – de la política internacional de los Estados Unidos, en particular en relación con el llamado “capitalismo democrático”, la idolización de la ideología de la seguridad nacional, la consideración del comunismo soviético (y, consecuentemente, de origen extracontinental) como la raíz de los males de nuestros países (pasando por alto la injusticia y la opresión provocadas por regímenes creados o mantenidos por los Estados Unidos), todo eso se predica desde la pantalla chica y satura los hogares de cristianos y no cristianos de nuestro continente. Y se predica de tal manera y con tan refinadas técnicas de persuasión, que muchos lo aceptan como palabra revelada y, lógicamente, no sujeta a discusión.⁽³⁾

Un trágico ejemplo de lo que estamos afirmando ocurrió recientemente en América Latina. De ello dio cuenta la prensa internacional, por lo que la noticia fue publicada en los periódicos de varias naciones. Copiamos textualmente lo aparecido en un diario vespertino de Costa Rica. Dice así: “Las medidas que usted tomó años atrás para detener el comunismo aquí en Chile, la historia las va a tratar como uno de los grandes actos de este siglo, dijo [Jimmy] Swaggart al referirse al golpe de Estado que encabezó Pinochet y que lo llevó al poder hace más de 13 años.

“El predicador protestante, que ha realizado varias presentaciones en este país, fue recibido ayer por Pinochet en una de sus residencias de descanso.

"Swaggart le dijo también" al gobernante que 'le diremos al mundo que Chile es un país libre. . . y nuestro presidente también opina lo mismo. . .'

“El predicador agregó que la prensa norteamericana 'está un poco tocada con respecto a Chile. . .'

“Finalmente, Swaggart le indicó que se encargará de difundir la situación chilena a través de sus programas de televisión, que son transmitidos a 143 países”.⁽⁴⁾

Dada la importancia que todo este fenómeno tiene hoy día para la predicación del evangelio y para la vida de las iglesias protestantes de América Latina, el CELEP convocó – por medio de su departamento de Pastoral de la comunicación y con la colaboración de otras entidades interesadas – a una consulta sobre “El impacto de la programación religiosa difundida por 105 medios electrónicos en la población cristiana activa de América Central”. El presente número de PASTORALIA está dedicado íntegramente a ese tema y a los trabajos que en esa consulta se presentaron. La consulta se celebró en Costa Rica,

en febrero de 1986. Se ha añadido también un estudio escrito por el autor de estas líneas, sobre el protestantismo costarricense. Si bien este estudio se limita a un solo país de la región centroamericana, consideramos que puede ser útil para entender lo que está pasando en el protestantismo de la zona.

Es decir, lo dicho acerca del movimiento evangélico costarricense puede ser aplicable, por paradigmático, a otro u otros países del istmo; o puede, al menos, servir para que se hagan otros estudios de ese fenómeno.

Antes de finalizar esta presentación, quisiéramos agregar algunas observaciones relativas al uso del lenguaje.

(1) En los artículos se habla a veces de los “medios electrónicos” y de los “medios masivos”. Hemos respetado ambas expresiones aun cuando consideramos que hay un uso anglicado de la palabra “medios”. Además, si bien es cierto que el uso comercial y mercantilista de los medios de comunicación social ven al pueblo como “masa”, son los programas religiosos que utilizan esos medios de comunicación los llamados a reivindicar el carácter de persona que le corresponde al pueblo.

(2) También hemos respetado, en algunas ocasiones al menos, el uso de la expresión “iglesia electrónica”. Sin embargo, creemos firmemente que no solo se trata de una frase sin fundamento sino que, además, es un adefesio teológico. Aunque conocemos algunos escritos del iniciador de ese “movimiento”, en los que se pretende defender la tesis de que esta “iglesia” refleja con más fidelidad el concepto neotestamentario de *ekklesia*, nos atrevemos a afirmar que cualquier estudiante del Nuevo Testamento reconocerá de inmediato, la falacia de la argumentación. No aparecen, en esta modernísima versión, las notas fundamentales de lo que constituye la verdadera iglesia según las enseñanzas de Jesús y sus apóstoles.

Pero, nos resulta todavía menos comprensible la atribución de “electrónica” a la iglesia. Francamente, la expresión no tiene sentido en si misma. El adjetivo no es aplicable.

Nos parece que la expresión que más bien debería usarse es la de “religión electrónica” pues se trata ahora de un sistema religioso que adquiere todas las características que le impone ese medio de comunicación.

(3) En tercer y último lugar, destacamos el hecho de que los autores del artículo en que se analizan los resultados de la encuesta que proveyó de materia prima a la consulta mencionada, los profesores Ruiz y Smith, utilizan la expresión “iglesias históricas” con un significado que no es el que se le asigna normalmente. Como en nota al calce ellos definen con toda claridad el uso que le dan, hemos mantenido en el texto la expresión dicha.

Hechas, estas aclaraciones, entregamos este número de nuestra revista con el deseo de que sea un aliciente para la reflexión personal comunitaria de quienes estén interesados, y preocupados, por lo que pasa actualmente en nuestros países en el terreno del anuncio del evangelio a través de los medios electrónicos de comunicación social.

N.B. Después de escritas las anteriores reflexiones – que son la presentación de este número de PASTORALIA – la prensa de muchos países del mundo ha dado a

conocer el escándalo – los escándalos, para ser más precisos – en que se han visto envueltos varios "televangelistas" norteamericanos. Aunque hay mucha tela que cortar en lo que se ha dicho y en cuanto a la manera como los organismos protestantes y la propia prensa se han enfrentado a la situación, no es esta ocasión propicia para el necesario análisis. Sin embargo, el hecho revela la fragilidad teológica de toda esa multimillonaria empresa, especialmente en el capítulo de la hamartiología (es decir, la doctrina acerca del pecado).

NOTAS:

(1) Gran parte de la información que usamos en esta sección se la debemos a una reseña inédita escrita por Dennis Smith, del equipo del CELEP. La información bibliográfica del libro reseñado es la siguiente: Peter Horsfield, *Religious Television - The American Experience*, New York: Logman Inc., 1984.

(2) Usamos la expresión, "denominaciones históricas" para referirnos sobre todo a lo que en inglés suele expresarse con la frase *mainline churches*. Véase más adelante, en el texto, la aclaración que al respecto hacemos.

(3) En uno de los artículos que se incluyen en el presente número de PASTORALIA, aparece una cita de un escrito de uno de esos predicadores en la que se señala que por la palabra divina se le reveló que los hombres que tienen ideas socialistas no son hombres buenos y no simpatizan con el evangelio. Si se le indicara que en la práctica, en la vida real, no sucede así, probablemente diría que la vida real está equivocada.

(4) LA PRENSA LIBRE (San José). 13 de enero de 1987.